



¡Tiraban sobre Lérida! ¿Cuánto tiraron los cañones y la aviación marxista e internacional sobre la histórica ciudad romana...? Al perder Lérida, y con ello dejar franqueado el paso de Cataluña a nuestros soldados, los enemigos de España sintieron como una exacerbación de sus instintos destructivos. Este fenómeno ya lo había registrado yo en otros frentes, sobre todo en Asturias, donde los rojos marcaban sus retrocesos y vencimientos por las más bárbaras destrucciones, cumpliendo así aquella consigna de Largo Caballero —y después de Prie-

to— de acabar con todo para que en nuestras victorias no encontrásemos más que escombros, ruinas, cenizas, desolación implacable. Pero lo de Lérida era aún más inexplicable. En el final de la guerra estaba menos justificado que en el principio o en el apogeo de la misma aquel afán devastador que se acusaba en nuestros enemigos; primero, porque de sobra sabían ellos, todos ellos, desde los dirigentes al último de los dirigidos, que el final de plena victoria para nosotros no estaba lejos ni era ya soslayable, y sabían que con la invasión de